



La fuente de la vocación política del cristiano

Fco. Javier Bermejo Escobar*

Aristóteles llamaba al hombre «animal político». ¿Se puede aplicar al cristiano como tal la misma calificación? Mucho ha costado a la pastoral posconciliar el hacer ver y sentir a los creyentes que su vocación no queda circunscrita a lo individual –por muy rica que sea su espiritualidad–, sino que tiene una dimensión social insoslayable. El autor de este ensayo lleva más lejos las implicaciones sociales del cristianismo, defendiendo la vocación política de la fe.

Comenzamos con una afirmación que a más de uno le puede resultar extraña: la mejor motivación –no la única– para que un cristiano se comprometa políticamente es una fuerte experiencia de Dios. Permítasenos explicitar antes algunos de los supuestos principales de los que partimos. Nos referimos a lo político y también, como es claro, a lo cristiano.

No toda persona va a estar implicada activamente en el ejercicio de la política, pero creemos firmemente que la política es una dimensión insosla-

* Profesor de Ética de la Escuela de Trabajo Social. Universidad P. Comillas. Madrid.

yable del ser humano. Se trata de una dimensión estructural. Algo así como lo ético o lo sexual. Como afirmaba Aristóteles, desde el momento en que somos personas humanas, hemos empezado a ser animales políticos (*«zoon politikon»*).

Pero esta dimensión política o pública que necesariamente comportan todas las actividades que se ejercitan en el ámbito social no debe ser identificada con la función estrictamente política que ejercen los profesionales que desempeñan esta labor. Habría que distinguir entre «la política» ejercida por los políticos y «lo político» como dimensión humana que nos afecta a todos, sea cual sea nuestra actividad profesional, y que se manifiesta de muchas maneras en nuestras actuaciones públicas ordinarias. El cristiano en cuanto padre de familia, empresario, sindicalista, miembro de una asociación de vecinos, trabajador social, miembro de una ONG está, de hecho, ejerciendo una actividad con una proyección política nada desdeñable. Se podría decir que todo ser humano es irrenunciablemente político aunque no todos dan el salto a un compromiso político más concreto, que suele plasmarse en la participación en agrupaciones directamente políticas.

Hemos mencionado «lo político». Vayamos ahora a «lo cristiano». La fe cristiana no aporta tanto contenidos políticos concretos cuanto motivaciones, referencias generales y, a lo sumo, criterios negativos. A un cristiano que quiera «bajar a la arena política» el seguimiento de Jesús y sus enseñanzas no le dicen concretamente en cada momento qué es lo que tiene que hacer. Le colocan ante un horizonte de entrega a los demás, de honradez y de servicio a los más débiles. El enjuiciamiento concreto y las medidas a adoptar serán fruto personal de cada uno dentro de una determinada organización política.

Hechas estas aclaraciones, abordamos directamente el tema de la vocación política de los cristianos en organizaciones directamente implicadas en la vida pública.

La vocación política

LA palabra vocación no está de moda. Ha perdido vigencia en los últimos tiempos. Aun así, nos arriesgamos a decir que un compromiso político sólo es auténtico si está sustentado por una verdadera vocación. Para justificar esta afirmación acudiremos en primer lugar al planteamiento de dos filósofos españoles de nuestro siglo, Ortega y Gasset y Aranguren. En segundo lugar recordaremos la vocación política de un líder singular: Moisés.

Vocación es llamada. Alguien se siente vocacionado cuando se siente llamado, atraído, interpelado por alguien o por algo. Se trata de un concepto fundamental en el pensamiento moral de Ortega y Gasset. Según este autor todo hombre se tiene a sí mismo como tarea y para ello inventa una serie de programas de vida entre los que tiene que elegir. Pero no todos los programas le atraen por igual sino que, por el contrario, alguno de ellos le atrae con más energía, con mayor intensidad que otros (1). De su acierto a la hora de elegir lo que mejor vaya con él, dependerá su mayor o menor capacidad para realizarse a sí mismo de manera más auténtica. Por su parte, López Aranguren insiste en que la vocación se va realizando en contacto con la realidad, a medida que vamos apropiándonos de las posibilidades que ésta nos ofrece. «*La verdadera vocación, según Aranguren, se forja siempre al hilo de los actos, en contacto con la realidad, tropezando con su resistencia*» (2).

Un ejemplo paradigmático lo representa el personaje bíblico escogido como modelo de compromiso político desde una vocación religiosa. El texto de referencia es el siguiente: «*Moisés era pastor del rebaño de Jetró, su suegro, sacerdote de Madián. El ángel de Yabveh se le apareció en forma de llama de fuego, en medio de una zarza... Dijo Yabveh: "Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado el clamor en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos. He bajado para librarles de la mano de los egipcios y para subirles de esta tierra a una tierra buena y espaciosa... Ahora, pues, ve; yo te envío a Faraón, para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto". Dijo Moisés a Dios: "¿Quién soy yo para ir a Faraón y sacar de Egipto a los israelitas?"*» (Ex 3, 1-10).

En este breve texto del Antiguo Testamento están recogidos algunos de los principales aspectos que pueden iluminarnos a la hora de reflexionar sobre la vocación política de los cristianos: la vocación en sí misma, el lugar en el que se produce, las principales motivaciones para realizarla, el envío, las resistencias para llevarla a cabo, los recursos con los que contamos para ponerla en práctica. Algunos de estos aspectos no son exclusivos de la vocación cristiana a la política pero, a la luz de este texto, podemos aplicarlo a ella de forma preferente. Partimos de la base de que la fe moviliza al cristiano para comprometerse políticamente, le orienta en la realización de su pro-

(1) «Cada hombre se representa en su imaginación muchos tipos de vida posible, y al contemplarlos imaginativamente delante de sí, advierte que alguno de ellos le atrae con mayor fuerza que los demás, le llama, tira de él. Esta llamada, esa voz imperativa que asciende de nuestro fondo íntimo es para Ortega la vocación» (Bonete E.: «La Ética en la Filosofía española del siglo XX», en Camps V. (ed.), *Historia de la Ética*, Crítica, Barcelona, 1989, tomo III, pág. 429).

(2) Bonete (1989), pág. 437.

yecto político y le ayuda a discernir en qué medida su praxis está en coherencia con su genuina identidad cristiana.

a) *El lugar*. En primer término el espacio ordinario en que se suele recibir la llamada. Moisés tenía un trabajo y una familia y formaba parte de un grupo más amplio que constituía un clan característico de la época y el lugar en el que se desarrollan los acontecimientos mencionados. Nadie recibe la llamada en el vacío, uno se siente interpelado a realizar un determinado programa de vida dentro de una situación concreta. Hoy podría ser dentro de un barrio determinado o en nuestro puesto de trabajo o a partir de un viaje en el que hemos conocido la miseria de algún lugar azotado por algunas de las plagas de nuestro siglo. Moisés, después de un importante fracaso en su intento de hacerse cargo del problema de sus hermanos israelitas oprimidos en Egipto, huye a Madián. Allí rehace su vida, se casa, tiene hijos y trabaja cuidando los rebaños de su suegro. Pasa a tener una vida enteramente normal y corriente. Ésta es su situación en ese momento. Ahí es donde va a recibir su llamada personal.

b) *La experiencia* (3). Un día, inesperadamente, Dios le sale al encuentro bajo la apariencia de una zarza ardiente que no se consume. Con ello tenemos ya un aspecto decisivo que no aparece reflejado en la experiencia puramente ética: la llegada de Dios. Obviamente para que se dé vocación no son necesarios los elementos exteriores: ni la zarza, ni la voz del Ángel, ni la llama de fuego son estrictamente imprescindibles para que estemos ante una verdadera vocación. Más bien se trata de un movimiento interior, de un impulso profundo que nos hace reconocer un programa de vida como especialmente propicio para dar lo mejor de nosotros mismos y, en el caso concreto de la vocación religiosa, para cumplir la voluntad particular de Dios sobre nuestras vidas.

Estamos en el punto principal: sin este elemento experiencial no hay auténtica vocación política cristiana (4). Sin ella, o bien no se da nunca el

(3) «Al comienzo del compromiso está la experiencia. La implicación humana brota tras el impacto producido por la realidad injusta. Hay que dejar que la realidad de las víctimas y de los pobres nos salga al encuentro y nos interpele». (Mardones, J. M.: *Fe y política*, Sal Terrae, Santander 1993, pág. 184).

(4) «Se trata de recuperar el viejo valor del compromiso sociopolítico como expresión de responsabilidad personal ante las injusticias de nuestra sociedad y el sufrimiento de la humanidad». (López i Camps, J.: «Reinventar un nuevo estilo de política», en *Fundació utopia, De la fe a la utopia social*, Miscelánea Juan N. García-Nieto París. Sal Terrae, Santander, 1996, pág. 139).

salto a la arena de lo político o bien, si se da y se permanece implicado, es por motivaciones diferentes a las estrictamente cristianas (y que serán más o menos legítimas según los casos). Es ya conocida la afirmación de Karl Rahner de que el cristiano del futuro o sería un místico o no sería nada. En el caso que nos ocupa una llamada cristiana auténtica al compromiso político ha de nacer, y ha de estar siendo continuamente alimentada, por una experiencia mística. Entendemos por ello un encuentro personal, que ha de ser continuamente renovado, con el Dios de la zarza. Este Dios es la fuerza oculta que nos impulsará al compromiso y el apoyo constante para vivirlo según el espíritu del Señor.

En el caso de la vocación entendida en un sentido ético, posiblemente el mejor modo de saber si se trata de auténtica vocación es si procede del centro de nosotros mismos, si responde a nuestras más profundas aspiraciones. En el caso de una vocación cristiana, sólo es genuina, si en su base hay una experiencia de Dios que nos llama a realizar un concreto programa de vida (5).

c) *La participación.* En la vocación religiosa no se trata únicamente de que Dios nos llame: se trata de participar de algún modo en la llamada de Dios, o sea, de hacernos partícipes del hecho de que también Dios ha sido llamado, convocado, interpelado. ¿Por quién? Por su pueblo. En el texto referido aparece claramente: Dios ha visto, ha escuchado, se ha hecho eco del sentir de los suyos y por eso ha bajado al encuentro de Moisés para hacerle partícipe y ejecutor principal de sus proyectos. Por tanto, Moisés no sólo es llamado por Dios sino que se le invita a participar de la propia llamada que el pueblo le ha hecho a Él.

Así pues, toda vocación cristiana exige dar un cierto rodeo, exige pasar por la zarza. No se puede ir a Egipto sin haber pasado previamente por el monte de Dios. Moisés fue muy consciente de ello. Él ya conocía los problemas de su pueblo en Egipto; de hecho había intervenido en un par de ocasiones para intentar remediar la situación creada: primero matando a un egipcio que maltrataba a uno de los suyos y en otro caso mediando entre dos

(5) «Acercamiento a la realidad sufriente, movilización del corazón y visión lúcida de las raíces estructurales de los problemas parecen ser los tres elementos que hay que combinar en una pedagogía del compromiso político. La decisión en favor de un estilo de vida que opte por la causa de los pobres será el resultado final de un proceso al que acompaña y estimula en todo momento la vivencia de la fe. Ésta termina también por impregnarse de esta dimensión política. Un nuevo modo de vida cristiana y el trabajo por el Reino de Dios en esta sociedad» (Mardones, 1993, pág. 184).

de sus hermanos que peleaban (Ex 2, 11-16) (6). Sin embargo, ambas intervenciones se saldaron con un completo fracaso y Moisés tuvo que huir de aquel lugar.

Y es que el creyente ha de saber que la voluntad humana es condición necesaria pero no suficiente para realizar una auténtica vocación cristiana. Efectivamente la sensibilidad humana de Moisés es la que le impulsa a luchar por los suyos, pero esta inicial sensibilidad sólo dará fruto cuando Dios asuma la iniciativa en la vida de Moisés y sea Él quien le envíe de vuelta a Egipto. El compromiso político sólo es auténticamente cristiano si es Dios quien orienta nuestra predisposición inicial a resolver el problema político. Es imprescindible haber tenido una profunda experiencia de Dios y hacerse partícipe de su propia llamada a la hora de realizar la nuestra. De hecho, la voz interior que nos llama a comprometernos políticamente, en este caso, no es otra que la voz del Dios que se aparece a Moisés como llama de fuego.

d) *El envío y las resistencias*. Pero la vocación cristiana no es sólo algo que se percibe, algo que se escucha, es también algo que hay que realizar, lo cual tampoco la diferencia especialmente del concepto más general de vocación. Aranguren considera que la vocación se va forjando en la realidad, en la praxis con ella. Del mismo modo Moisés es enviado por Dios para hacer operativa la intención que le ha hecho descender a la tierra. El compromiso de Dios con los suyos no es meramente intelectual o afectivo. No es como el de tantos creyentes actuales que tienen una experiencia intensa del sufrimiento de sus conciudadanos, pero condensada internamente, puramente afectiva, que raramente traspasa los límites de su corazón. Por el contrario, el compromiso de Dios quiere hacerse efectivo y para ello necesita del concurso de hombres y mujeres que, desde la compasión hacia su pueblo, estén dispuestos a ser enviados para hacer operativa la liberación de sus opresores.

Pero muchos de nosotros ante tamaña empresa replicamos con Moisés: ¿Y quién soy yo para sacar a los israelitas de Egipto? Aparecen entonces nuestros miedos, nuestras perezas, nuestras comodidades, nuestras inseguridades. Moisés también se encontraba más cómodo con su rebaño y rodeado del calor de los suyos que volviendo a Egipto donde había tenido experiencias tan amargas. Sin embargo, en su caso, el encuentro con el Dios de la

(6) Como dice José M.^a Mardones: «el punto de partida movilizador es el problema, pero no el problema intelectual, sino el problema humano, vital. Esto presupone un acercamiento a la realidad social sufriente. Sin ver, sin sentir de algún modo el problema, ni el sentimiento ni la inteligencia se ponen en movimiento. Tras la captación de la realidad doliente, pobre, contradictoria, el corazón humano no embotado reacciona con la compasión» (Mardones, 1993, pág. 182).

zarza, con el Dios que se compadece del pueblo, le otorgó las fuerzas suficientes para dar el paso decisivo.

Un cristiano llamado a comprometerse en política ha de estar marcado por motivaciones semejantes a las que hicieron a Dios abandonar su trono celestial para bajar al encuentro de Moisés y a éste abandonar Madián para volver a Egipto. Ha de tener los oídos abiertos al grito de su pueblo, conocer de cerca sus sufrimientos, haber visto su aflicción. Es cierto que la política puede comportar tareas aparentemente muy alejadas de todo ello, pero eso no importa; la finalidad última ha de ser contribuir, en la medida de sus posibilidades y desde el lugar en que se encuentre, para que de algún modo sean remediados la aflicción y el sufrimiento de su pueblo. Por tanto, no importa que sus tareas ordinarias sean culturales, económicas, administrativas, jurídicas, etc. El político cristiano que ha tenido un encuentro con el Dios de la zarza ha de encontrar la manera más adecuada de que su actividad política, sea la que sea, redunde en beneficio de su pueblo y en especial de sus miembros más desfavorecidos.

Esto no es lo habitual: los cristianos en general, o no se plantean su compromiso político, o si se lo plantean no acaban de dar el paso decisivo para concretarlo (justificaciones hay para todos los gustos), o si lo hacen es por motivaciones diferentes a las enunciadas (7). Fernández Martos lo expresaba muy bien hace unos años refiriéndose a la vida cristiana en general. «Yo tengo para mí que si hay pocos hombres que infunden esperanza honda es porque faltan quienes hayan hecho esa experiencia, mejor, hayan sido bañados por Dios en su infinito cariño por el hombre» (8). Ésta es la razón principal de la ausencia de creyentes verdaderamente comprometidos con la causa del reino en la vida política. Efectivamente, faltan místicos, cristianos convencidos, auténticos cristianos, que respondan presurosos a la llamada

(7) Por supuesto hay excepciones. Hace un par de años la revista *Misión Abierta* recogía una serie de testimonios de algunos cristianos comprometidos con responsabilidades política en nuestro país. En esas páginas afirmaba, por ejemplo, Durán i Lleida presidente de Unió Democràtica de Catalunya: «La política no puede ser algo ajeno a las propias convicciones cristianas; muy al contrario, valores propios del mensaje evangélico tales como solidaridad, justicia o responsabilidad obligan a tener la actuación política como una faceta más del compromiso cristiano». En términos similares se expresaba Juan M.^a Atutxa, Jerónimo Saavedra, José M.^a Álvarez del Manzano y algunos sindicalistas de diversas tendencias políticas. (Revista *Misión Abierta*, n.º 7, septiembre, 1996, pág. 22-25).

(8) Fernández Martos J. M.: «Reconstruir esperanza», *Sal Terrae*, octubre, 1984, pág. 707.

del Dios de Jesús. Y sin embargo, sólo esta experiencia es capaz de impulsarles a un compromiso político auténticamente liberador.

e) *Los recursos*. Los apoyos principales de Moisés fueron su Dios y sus hermanos, por este orden. Ya desde el primer momento Moisés fue acompañado por Aarón y por un grupo de colaboradores que le apoyaron en la larga travesía por el desierto. Pero el recurso principal del profeta fue siempre un trato directo y permanente con su Dios, a quien veía «cara a cara».

Las apoyaturas del cristiano actual no son otras: Una vida espiritual capaz de dinamizar al creyente en la dura misión a la que ha sido enviado y una comunidad que acompañe el proceso y que le ayude a discernir los signos de la presencia de Dios y del espíritu del mal en medio de su tarea política cotidiana. El problema es que en la mayor parte de los casos falta en las comunidades cristianas verdadera decisión para alentar a sus miembros en dicho compromiso. A pesar de las declaraciones formales (9), en general la Iglesia oficial propicia más bien la participación intraeclesial que una salida acompañada a la intemperie de la vida pública. No hay planes de formación, ni estructuras de apoyo, ni cauces de acompañamiento político suficientemente consolidados. Y esto es aplicable de un modo similar a la mayoría de las comunidades que forman parte de la Iglesia, muy preocupadas por los aspectos piadosos, organizativos o asistenciales, pero poco sensibles a la dimensión política.

En fin: ¿Qué nos enseña la historia de la vocación de Moisés en relación a la vocación política cristiana?

1. Nos confirma que la llamada se produce en la determinada situación en la que vivimos: Moisés en Madián, el cristiano en su propio ambiente.

2. La llamada es una interpelación (normalmente interior) que nos impulsa a realizar un determinado programa de vida (en este caso político) en medio de nuestras peculiares circunstancias.

3. Tal interpelación suele provenir de un estrecho contacto con la realidad. Dios y Moisés están abiertos, atentos al sufrimiento del pueblo.

4. Si la vocación es cristiana, no es posible realizarla sin participar de la vocación de Dios y ello sólo es posible a su vez si estamos en el lugar adecuado cuando Él decide hacerse el encontradizo con nosotros en nuestra propia zarza ardiente.

(9) Como por ejemplo la de la *Gaudium et spes*, n.º 75: «La Iglesia alaba y estima la labor de quienes, al servicio del hombre, se consagran al bien de la cosa pública y aceptan el peso de las correspondientes responsabilidades».

5. Para hacer operativa la llamada contamos con dos apoyos básicos: Dios y la comunidad.

¿En qué medida se aplica lo dicho hasta aquí a una llamada concretamente política? En el caso analizado las coincidencias son evidentes: Dios llama a Moisés a comprometerse en la liberación de su pueblo y le llama a conducirlo por el desierto hacia una tierra nueva. Ésta es, en nuestra opinión, la esencia de una vocación política auténticamente cristiana. ¿Cómo se realiza esto en concreto? Los programas políticos son casi tan numerosos como las personas que quieren realizarlos y como las asociaciones o instituciones a través de las cuales han de ser encarnados. Por nuestra parte, en el presente artículo sólo hemos pretendido sugerir algunas notas específicas sobre lo que consideramos la fuente de la que ha de brotar la vocación política cristiana auténtica y algunos de los obstáculos que impiden el compromiso de los cristianos en este campo. Lo repetimos brevemente para concluir a modo de titular: El cristiano, para ir a Egipto, ha de pasar por la zarza.